

NÚRIA ESCUR

con **vivir**

HOTEL COLÓN (y 6)

Y descubrió América...

Suena "Caruso" de Lucio Dalla en el comedor y un gigantesco alemán se levanta para servirse un zumo de naranja matinal. Pero no se frena ahí. Continúa con un revoltijo de tortilla, bacon, pan a destajo, mantequilla, dos salchichas... No me lo puedo creer. De fondo, Dalla insiste en recordar los ojos de su amada mirando el mar y este espécimen humano que tengo delante está rompiendo todos los moldes de la armonía. Se levantará de la mesa dos veces más para agenciarse su ración de maíz, tres tajadas de jamón y algo de un color indefinido que ya no me atrevo a mirar.

A la izquierda, Carmen está inmersa en el mundo de las delicias. Si hicieramos un sondeo entre las señoras que pasan unos días de vacaciones, liberadas de sus deberes domésticos, las dos cosas que citarían con agradecimiento serían, sin duda, éstas: el desayuno con tostadas y que te hagan la cama.

Los propietarios del Colón saben bien cómo mantener el misterio de este lugar. Gino —¿se acuerdan?—, el jefe de recepción del hotel explica de maravilla la historia de esta familia de Milán que un día apareció en Barcelona y decidió instaurar un hotel con estilo al ver que en la ciudad había pocos.

"El padre de la señora Canali,

Esto se acaba. Los turistas del hotel Colón siguen deambulando con aspecto de inquilinos relajados. Ponen el cartel de "no molesten" y se pierden. Hay que desprenderse de la serie y bajar por las escaleras cuyo pasamanos se colocó un día especialmente para que Sert y su señora, ya ancianos, pudieran moverse con facilidad. Ahí detrás queda el Colón, en paz.

Lamaro, era Cavaliere del Lavoro —rememora Gino— y fundó también el Regencia Colón." El señor Lamaro sostenía entonces una particular opinión de lo que debía ser la relación entre empresario y trabajador. Su ilusión era fundar en un grupo de viviendas para los trabajadores del hotel y sus familias, algo similar a la Colonia Güell, pero murió sin poder cumplir su deseo. Hoy, la estela de su especial temperamento se respira en el ambiente. Ninguno de estos turistas de sandalia y mochila que entran con cara obnubilada conoce la historia. A ellos, la verdad, les interesa el presente. Se entiende.

Como tampoco saben que en los años cincuenta Sartre residió en el

Colón, de incógnito, porque no le interesaba que se supiera que estaba en la España de Franco.

El más joven de los turistas, con una ceñida camiseta del Barça que le queda como ustedes pueden imaginar en un ejemplar de 90 kilos, acaba de coger el mapa, a la búsqueda de algo que no sabe explicarme. De hecho lo está mirando al revés.

Habrà que dirigirlo a recepción y continuar con el último viaje por este pequeño mundo concentrado en seis plantas. En el salón del piano encuentro alguna respuesta a la pasión de este local por la figura de Colón. Colgada en la pared, una ilustración antigua reza del siguiente modo: "Luego que Colón

hubo logrado lo que había estado soñando desde sus primeros años pasó al puerto de Palos y difícilmente llegó a completar su tripulación, pues los marineros no querían embarcarse porque miraban esta expedición como una locura". Ya. Lo desconocido asusta.

Gino es grande y generoso. Culto, añaido. Hace apenas un mes que se ha casado en segundas nupcias y muestra, orgulloso, a quien se lo pida, su álbum de boda. Boda con banquete celebrado, por supuesto, en el hotel Colón. La casa tiene por costumbre obsequiar a quienes aquí celebran su boda con unas copas de cristal donde, se supone, beberán su primer champán como marido y mujer. Esto toda-

vía tiene un pase pero lo que es un delito estético —coincido con algún visitante— es la vitrina de la entrada llena de cerámica de Lladró.

Un inciso: Manoli, a pesar de todo y por todo, gracias.

Esto se acaba. La serie ha terminado. En el bar, los rectores de dos conocidas universidades catalanas acaban de tomarse una copita. En el taburete de su derecha gira un francés rubicundo, con su campari en la mano. Acabo de leer el texto de Colón que he empezado antes: "... al fin, en 1492 se izó vela y entonces las esposas, las madres y las novias de Palos estallaban en llantos de dolor, desesperadas por la ausencia de los que más amaban en el mundo". Vayan a leerlo.



XAVIER GÓMEZ

Las maletas de los que se van del hotel también viajan por los pasillos del Colón hasta el próximo destino